

de la Torre, que por amor a San Francisco de Asís habría de cambiar con el tiempo su nombre de pila, y en espíritu de obediencia la burda estameña de su hábito, por la púrpura cardenalicia en la Silla Primada de las Españas.

La villa sería una más de Castilla en aquellos tiempos lejanos, importante y laboriosa, sí; pero sin grandes notas diferenciales en cuanto a costumbres, piedad, sabor y colorido. En el conjunto urbano, la casa de los padres de Gonzalo sería también una más entre las que allí alzaban sus portales hidalgos. Desde el Cerro de Las Calerizas se vería extenderse el caserío limitado, sin haber conseguido una mayor latitud y longitud en muchos siglos de vida austera, casi inalterable. Las calles irregulares que cruzaban la población irían a perderse en las eras de abundoso verde —como aquellas que inspiraron a Jorge Manrique—, con cercas de piedra berroqueña y pajares de tejados rojos a dos aguas, según la arquitectura popular castellana de la época. A un lado y otro se verían las ermitas de Nuestra Señora de la Soledad, del mártir San Sebastián y del Cristo de la Buena Dicha. Más allá, en un lugar sombrío del paisaje serrano, se alzaban el rollo y la picota, los dos postes clásicos de castigo para los malhechores. En la plazona, con fuente de cantería y emportalado Concejo, alguna sombra viviente de tiempo en tiempo. Sobre las casas bajas sobresalía la torre parroquial con su típico campanario. Una densa y austera soledad pesaba en el ambiente de la cuna castiza de Cisneros. En la Torrelaguna de finales de la Edad Media todas las cosas —aleros, puertas, blasones, ventanas, techos, poyos y calles— tendrían un tono reposado de placidez antigua, que incluso transmitiría a sus moradores aire de ascetismo, de parco decir y grave deambular, todo ello muy característico en el siglo. Visto el pueblo a distancia, no estaría la estampa desprovista de gracia y de belleza. En la nitidez del cielo, al fondo hialino, la cordillera gris de Somosierra y los basaltos de Gredos.

En tal ambiente se crió el niño Gonzalo Jiménez y cuántas veces su mirada infantil no cabalgaría, ganosa de ideales, sobre ansias reónditas, hinchidas de anhelos imprecisos, por encima de las cumbres picudas y de los arreboles fugitivos de esos cirrus de las sierras castellanas, que luego se desflecan, fundiéndose en a nada, como las quimeras de un alma empeñada en perseguir ensueños vanos.

Torrelaguna, con sus montes intrincados y sus campos de cultivo rodeando la villa, piedra y agua por todas partes, como indica su etimología, modeló enérgica y claramente el carácter del futuro Gobernador-Regente de España desde su niñez, dando la naturaleza al espíritu definiciones precisas: deseo de aislamiento, serenidad de juicio, parquedad verbal, voluntad férrea, amor reflexivo a todo lo creado, amplitud de miras y de horizontes.

Hoy Torrelaguna, agazapada en la sombra de los montes carpetanos, que alcanzan sus buenos 2.406 metros en el Puerto de Peñalara, nos muestra el hermoso templo parroquial de tres naves y cinco bóvedas cada una, casi como en los tiempos en que fué bellamente restaurado por el Cardenal insigne, y en cierto lugar de la villa una cruz de hierro recordaba, antes de ser destrozada por las hordas, rodeada por sencilla verja, que allí se alzaba en el siglo xv la casa solar de los padres de Gonzalo, donde nació en 1436 el gran Regente y Primado de las Españas.

Y como anhelo de ayer y hoy, lo que se fué y lo que llega, ahí están las ruinas de un antiguo convento desafiando al tiempo, todavía fuertemente clavadas en estas tierras carpetanas, en permanente demostración del gran vigor que tiene lo tradicional, y esa traída de aguas, que a través de las venas metálicas de las líneas conductoras llevan la riqueza y salud a los hogares españoles.

José SANZ Y DIAZ



